

do, y estaban poco guarnecidas, sin pensar que por allí pudieran ser invadidas; y entrando por el territorio de Ecatepec, saqueó varias poblaciones, quemándolas y destruyéndolas; volviendo sus tropas cargadas de despojos.

En una y otra parte pelearon bizarramente los imperiales, y se señalaron muchos valientes capitanes y soldados así nobles como plebeyos; pero fué singularmente aplaudida la conducta y valor del general Cihuachnahuacatzin, así en las disposiciones y preparativos que precedieron á la guerra, como en las acertadas órdenes al tiempo de los ataques, y en la vigilancia y prontitud con que acudiendo á todas partes ejecutaba su brazo lo que su voz mandaba, siendo su ejemplo el mas poderoso estímulo á su tropa, y atribuyéndosele por eso con justa razon la mayor parte de este triunfo.

CAPITULO XXXIII.

Determina el emperador entrar con un poderoso ejército por las tierras de los enemigos; y despues de ganadas varias poblaciones importantes, y vencido en varios reencuentros, se pone sobre la corte de Azcapuzalco, la que al cabo de cuatro meses de sitio se rinde, y su rey pide paces, entregándose al arbitrio del vencedor, que le perdona generosamente, y le restituye á él y á sus aliados todas sus tierras. Disgusta tanta benignidad á los príncipes aliados del imperio, y muchos de ellos resuelven separarse del emperador.

Era ya el año de dos pedernales, que corresponden al de 1416, y hallándose el emperador con un ejér-

cito pujante y victorioso, saboreado con los felices sucesos que habia logrado, le aconsejaban los príncipes sus aliados, y sus generales que no perdiese tan oportuna ocasion de dar fin á la guerra, entrando á fuego y sangre por las tierras de sus enemigos, hasta rendirlos y sujetarlos á la debida obediencia: mas el benignísimo príncipe que habia heredado de sus mayores la singular prenda de la clemencia, y el amor á sus súbditos, no pudo resolverse á seguir este dictámen, esperando que los rebeldes á vista de tan repetidos golpes desistiesen de su tenaz capricho, y se sujetasen al suave yugo de su imperio.

Los reyes de Méjico y Tlatelolco, si obraran por sí solos, lo hubieran ejecutado así; pero el de Azcapuzalco estaba muy léjos del escarmiento, y poseido de su ambicioso deseo, los golpes que recibia en vez de humillar su orgullo irritaban su soberbia: y así, aunque le causó notable pena la pérdida que acababa de experimentar, determinó seguir su proyecto, y para lograr mas feliz éxito resolvió hacer todos sus esfuerzos para ganar á su partido á Quezatlcoixtli, que acababa de heredar el señorío de Octopam por muerte de su padre Quauhquetzaltzin, y al señor de Chalco, haciéndoles partidos muy ventajosos, porque estando los estados del primero en los confines del reino de Tezcoco por la banda del Norte, y los de el segundo por la del Sur, y siendo señores poderosos que podian poner en campaña numerosos ejércitos, entrasen á un tiempo por ambas partes, mientras él lo ejecutaba por el Poniente, que era la parte de la laguna, con sus tropas, y las de los mejicanos y tlatelolcas.

Se dieron tan buena maña los emisarios que des-

tinó á esta negociacion, que lograron ajustar la liga con los dichos señores, que lisongeados de las promesas de Tetzotzomoc que les ofrecia darles todo lo que conquistasen extendiendo cada uno por su lado los estados hasta donde llegase su conquista, y dándoles la investidura de reyes, se convinieron á seguir su partido, y mandando luego retirar á sus estados las tropas con que auxiliaban al emperador, se declararon abiertamente por el rey de Azcapuzalco.

A vista de este desengaño determinó el emperador seguir el dictámen de sus amigos y generales, ántes que sus enemigos teniendo tiempo de levantar mas tropas y hacer mayores prevenciones, y logrando por ventura envolver en su sedicion á otros de los príncipes que le seguian, invadiesen por todas partes sus dominios, y le destruyesen; y así, levantando prontamente todo el mayor número de gente que pudo, tanto de sus estados patrimoniales, como de Huexotla, Cohuatlican, Chiauh-tlan, Tepetlaoztoc, Iztapalocan, Tlapacoyan; Cohuatepec, Tepechpan, Chiuhnauhtlan, Ahuatepec, Tizayocan, Tlanalapan, Tepepolco, Zempoalan, y Tolantzinco, cuyos señores eran solos los que seguian su partido, resolvió entrar por las tierras de Otompan, sin temor del señor de Chalco que dejaba á las espaldas, porque las fronteras de su reino, que lindaba con los estados del de Chalco, eran tierras pertenecientes á los señores de Cohuatepec, Tlapacoya é Iztapalocan, á las que servia de barrera el rio de Tlamanalco; y tanto de la fidelidad de estos señores, como de los demas pueblos que habitaban las riberas del Norte de el dicho rio hasta Quauhuatlapan, como de los que poblaban la laguna de Chalco hasta Iztapalapan confinan-

do con el reino de Culhuacan vivia muy seguro, y así les mandó que fortificando cuidadosamente sus fronteras cerrasen enteramente el paso por aquel lado á sus enemigos, para cuyo efecto toda la tropa que se levantó en estos parages quedase en ellos mismos de guarnicion al comando de los dichos tres señores de cuya fidelidad, valor y conducta fiaba la seguridad de sus reinos, sin temor de que el de Chalco pudiese por allí invadirlos, interin que él por el otro lado entraba la guerra en los de sus enemigos.

Tomada esta prudente determinacion, marchó inmediatamente el emperador á los principios del año de tres casas, que fué el de 1417, con el resto de su ejército, que segun asientan los historiadores fué de los mas numerosos que hasta entónces se habia visto en estas regiones, por lo que no pudiendo marchar todo junto, iba repartido en trozos, mandado por los señores sus aliados, y en gefe por el mismo emperador, y á sus órdenes el general Cihuachnahuacatzin y el infante Cihuaquequenotzin, que le servian de edecanes para distribuir sus órdenes.

Entró, pues, por las tierras de Otompan, talando y destruyendo cuanto encontraba, sin oposicion, hasta la ciudad de Xaltepeque que fué la primera que hizo alguna resistencia; pero fué facilmente vencida y saqueada. Pasó de allí á la misma capital de Otompan, donde fué mayor la defensa por el mayor número de tropa, que saliendo fuera de la poblacion, pelearon bizarramente unos y otros, hasta que finalmente fueron vencidos de los imperiales, la ciudad entrada á saco, y pasados á cuchillo todos los que no tuvieron la fortuna de

salvar la vida con la fuga. Así lo hizo el señor de la tierra, retirándose al reino de Azcapuzalco.

De Otompan prosiguió el ejército su marcha por Xapuchco, Quenecan, Aztecan, Temascalapan, y otras menores poblaciones, que destruyó y llevó á fuego y sangre, llegó á ponerse delante de la gran ciudad de Tollan, en donde se habia recogido la mayor parte de los fugitivos en las poblaciones vencidas, que unidas al gran número de tropas que en ellas se habian levantado y habian ocurrido de las demas poblaciones de los culhuas toltecas, formaban un lucido y numeroso ejército que intentaba impedir el progreso de los imperiales. Mas estos, orgullosos con las victorias pasadas, acometieron intrépidos á los enemigos, que aunque se defendian vigorosamente, no pudieron sostener el ataque, y despues de algunas horas de combate, se vieron precisados á retirarse á la ciudad, desde donde continuaron su defensa al abrigo de las fortificaciones que de antemano tenian levantadas. Mas el ejército imperial, continuando diariamente los avances, les hizo tan horrible estrago que en pocos dias los puso en estado de no poderse defender, y abandonando la poblacion los que habian escapado la vida la entró á saco el ejército imperial, pasando á cuchillo á todos los que en ella se encontraron, excepto los niños, mugeres y viejos inútiles, á quienes perdonó la vida la piedad del vencedor.

De Tollan pasó el ejército á Xilotepec, y de aquí á Xitaltepec, que corrieron la misma fortuna que Tollan, y dando la vuelta hácia el Sur, entró con el mismo furor talando y destruyendo hasta la provincia de Tepotzotlan, donde le salió al encuentro el gran ejército de los tecpanecas, mandado por su general Tlaca-

teotzin rey de Tlatelolco. Luego que se avistaron los dos ejércitos en un llano inmediato á la misma ciudad de Tepotzotlan suspendieron ambos su marcha, y poniendo el emperador sus tropas en órden, mandó acometer al enemigo, que recibiendo bizarramente el ataque se dieron una cruel batalla, en que de una y otra parte murieron muchos, pero finalmente no pudiendo ya los tecpanecas mantenerse contra el furor de los imperiales, hubieron de cederles el campo y la victoria, y se retiraron á la ciudad, pero no pudiendo tampoco mantenerse en ella, la abandonaron, retirándose á Quauhtitlan.

Tepotzotlan fué entrada á saco por los imperiales, que siguieron el alcance á los enemigos, y despues de algunos reencuentros los hicieron desalojar tambien de Quauhtitlan, y sujetó el emperador esta poblacion, la de Teutitlan, y otras menores, con lo que quedó enteramente sojuzgada toda la provincia de Tepotzotlan. Los tecpanecas continuaron su retirada hácia la capital de Azcapuzalco; mas siguiéndoles el alcance los aculhuas, dieron con ellos cerca del pueblo de Tepatec, donde se trabó una tan recia escaramuza, que insensiblemente empeñados en la accion ambos ejércitos, duró algunas horas el combate, en que perdieron mucha gente los tecpanecas, y se vieron forzados á tomar precipitadamente la fuga.

Continuó su marcha el emperador en su seguimiento, ganando todos los lugares que se hallaban por el camino, hasta Temalpalco, lugar pequeño muy inmediato á Azcapuzalco, donde halló acampado y bien atrincherado otro numeroso ejército que habia prevenido el rey de Azcapuzalco. Habíase fortificado sobre

la ribera de la banda del Sur del rio, que del nombre de la ciudad se llama tambien de Azcapuzalco, el que le servia de foso, para impedir la entrada al enemigo. Acampó el emperador á vista del ejército contrario, y comenzó desde luego a fortificarse á la banda del Norte del mismo rio, entre él y el de Tanepantla, estendiendo sus líneas por Oriente y Poniente, hasta tocar por aquel viento con las riberas de la laguna, y por este con la cordillera de cerros que hoy se llaman de los Remedios, para estrechar cuanto pudiese al enemigo, y concluidas sus fortificaciones comenzó á incomodarle asaltando las suyas ya por uno ya por otro lado sin intentar accion general en que aventurase su reputacion, hasta que la continua molestia y sucesivas pérdidas que diariamente experimentaban, le facilitasen el vencimiento; pero ellos defendiéndose vigorosamente, aunque siempre con mucha pérdida de gente, se mantuvieron constantes cuatro meses, al cabo de los cuales quedó disminuido notablemente su ejército, cansada ya la gente, y sin recurso el rey de Azcapuzalco para reforzarle con nuevas tropas, *facilitándole todas las tierras y provincias que le habia conquistado* (1). Conociendo esto el emperador, determinó finalmente dar el asalto general, y acabar de una vez con los tecpanecas, para cuyo efecto mandó colocar su tienda sobre un cerrillo llamado Temacpatl, situado casi en la medianía de su campamento, que dominaba uno y otro campo, para poder

(1) Aquí faltan algunas palabras, que sin duda omitieron los copiantes por descuido; pues no hay sentido en las que van señaladas con letra cursiva, y son las mismas que se leen en ambos M. S.

desde allí registrar toda la accion y dar las ordenes convenientes.

Dividió su ejército en quince trozos, que á un mismo tiempo habian de asaltar por otras tantas partes las trincheras del enemigo, al mando de valerosos y diestros capitanes, y á los dos generales Cihuachnahuacatzin y Chihuaquequetzotzin mandó que corriendo á la derecha é izquierda del ejército distribuyesen sus órdenes por todas partes.

Todo estaba ya á punto, y señalado el dia, cuando Tetzotzomoc, que por sus espías tuvo puntual noticia de todo, viendo ya su pérdida irremediable, hubo de resolver aunque á su pesar el rendirse, y llamando á los reyes sus aliados les comunicó su determinacion. Ellos que no deseaban ya otra cosa, viéndose amenazados de igual ruina, convinieron prontísimos en ello, y el de Azcapuzalco envió sin dilacion sus emisarios al emperador, pidiendo la paz y entregándose enteramente á su arbitrio, pidiéndole perdon de sus pasados errores con muchas expresiones de sumision y rendimiento, y ofreciendo jurarle y reconocerle por supremo monarca en la forma que le ordenase.

Llegaron los emisarios á presencia del emperador, y cumpliendo puntualmente con su embajada fueron bien admitidos del monarca, que con su innata piedad y natural clemencia les respondió que estaba pronto siempre á perdonar al que humillado confesaba sus errores; que desde luego otorgaba el perdon á los reyes de Azcapuzalco, Méjico y Tlatelolco, y á los demas señores que habian seguido su partido, á quienes devolveria todas las tierras que les habia conquistado, y les confirmaria en sus señoríos, siempre que cumpliendo lo que ofre-

cian le reconociesen por supremo monarca, para cuyo efecto, y el de practicar las ceremonias acostumbradas del homenaje pasasen á su corte de Tezcoco, donde él luego se restituiria, y se celebraria allí esta funcion con la solemnidad debida.

Este fué el paradéro de tan ruidosa guerra, y á tan poca costa como la de un fingido rendimiento logró Tetzotzomoc y sus aliados escapar del fiero golpe que veian descargar ya sobre sus cuellos por la inmoderada y excesiva piedad de este gran príncipe, mal empleada con enemigo tan cauteloso, y peor correspondida de su traidora intencion como veremos adelante.

Ni á los príncipes y generales que seguian el partido del emperador, ni á su tropa agradó tanta benignidad y clemencia con los rebeldes; porque los unos habian concebido esperanzas de dilatar sus estados, recibiendo en premio de sus fatigas algunas tierras en los paises conquistados; otros no poseidos de la ambicion de tierras, sino de la gloria, sentian que todos sus afanes quedasen sin llegar á colmo, triunfando de los enemigos dentro de la misma corte de Azcapuzalco, entrándola á fuego y sangre como habian hecho con las demas poblaciones; y otros finalmente, mas circunspectos y refinados políticos, creian que debia haberles costado mas ruegos la paz, y no dejarlos enteramente sin castigo, ya que se les perdonasen las vidas que tan justamente debian perder, ni ménos dejarles en el mismo auge de poder y dominios que tenian, porque esto no serviria de otra cosa que de insolentarlos mas para que cada dia pensasen en nuevas revueltas, siempre con la seguridad de un feliz éxito: si vencian, porque vencian, y si se hallaban urgidos, porque encontrarían

siempre en el monarca, franca la puerta á la clemencia; y en realidad estos discurrían juiciosamente, y el éxito de los sucesos posteriores confirmó lo bien fundado de sus discursos.

Finalmente la tropa habia concebido grandes esperanzas de cebar su codicia en las riquezas de Tetzotzomoc y de su opulenta corte, y el verse defraudados de ellas cuando ya las miraban casi en sus manos les causó notable desabrimiento, llevando á mal en su príncipe tanta bondad con enemigos tales que habiéndose valido de todas sus fuerzas, ardidés y traiciones, venian á rendirse cuando estaban ya desesperados de otro remedio.

Bien conoció el emperador el general disgusto de sus amigos y vasallos en el perdon que habia dado á sus enemigos, y en la liberalidad y clemencia con que se habia portado con ellos; pero su innata piedad, y el horror con que miraba los estragos de la guerra, sin embargo del bizarro aliento con que la manejaba, y de llevar en ella la mayor parte de la victoria, le hicieron abrazar prontamente aquel medio que se le proponia de concluir la olvidándose de los agravios recibidos, que eran merecedores del mas severo castigo, así como eran dignos del premio que esperaban aquellos señores y fieles vasallos que le habian seguido y ayudado en la empresa; mas creyó contentar á estos por entónces con afables expresiones de gratitud y futuras promesas, con ánimo sincero de cumplirlas, si no con aquellos premios que habian concebido, en otros equivalentes. Pero muchos de los señores quedaron tan desabridos, que desde luego formaron el dictámen de retirarse de su servicio.

CAPITULO XXXIV.

Válese el rey de Azcapuzalco del desabrimiento de los príncipes aliados del emperador para atraerlos á su partido. Levanta un gran ejército, y finge preparar fiestas para la jura del emperador con ánimo de quitarle la vida en ellas. Descubre la traicion el emperador, y envia á excusarse de asistir á las fiestas con su hermano el infante Accalotzin á quien hace desollar vivo Tetzotzomoc.

Restituyóse el emperador á su corte de Tezcoco, donde fué recibido con grande aplauso; y luego que llegó hizo muchas mercedes á los señores que le acompañaron, dándoles á unos algunos lugares que agregasen á sus estados y señoríos, á otros premios con empleos, dignidades, honores, y la orden de caballería de Tezcuitlis, y á otros finalmente con regalos de piezas de oro, piedras preciosas, plumas y otras cosas que entre ellos eran estimables, y á los que tenían estados les dió licencia de retirarse á ellos á descansar de las fatigas pasadas, pero sin embargo muchos quedaron disgustados y resueltos á pasarse al partido del rey de Azcapuzalco.

Este, pues, que urgido solamente del inminente peligro en que se hallaba rindió su orgullo, no con ánimo sincero de una verdadera reconciliacion, y ménos de cumplir sus ofertas en orden á jurar y reconocer por supremo señor á Ixtlixochitl, sino con el fin de ganarse tiempo en que rehacerse de las pérdidas pasadas, y poner en ejecucion su intencion depravada, no perdió momento en sus negociaciones, valiéndose de toda su astucia y de cuantos medios pudo para atraer á su parti-

do á los príncipes auxiliares del imperio: y hallando en ellos en esta ocasion sobrada disposicion, consiguió plenamente su deseo, pues aunque no todos se resolvieron á favorecer declaradamente su partido auxiliándole con tropas, ofrecieron no ayudar con ellas al emperador, aunque las pidiese; y esto era cuanto necesitaba el de Azcapuzalco, pues destituido Ixtlixochitl del socorro de aquellos señores que estaban á su devocion, no podia defenderse de su contrario, quien con toda la presteza que pudo, y con el mayor sigilo, levantó en breve tiempo un considerable número de tropas, y lo mismo hicieron los reyes de Méjico y Tlatelolco, y los demas confederados, con todo lo necesario á sus provisiones.

Mandó el rey de Azcapuzalco que así sus tropas como las de sus aliados se ejercitasen, no solo en el manejo bélico de las armas, sino tambien en ciertos juegos de destreza y agilidad con ellas mismas, como ellos acostumbraban en sus fiestas, ya con la flecha, ya con la macana, como una especie de torneo, y tambien en algunas danzas y bailes de los que solian hacer en sus fiestas solemnes, publicando que estos ensayos eran para las que intentaba hacer en aplauso del emperador cuando fuese á jurarle: pero en la realidad todo era traicion para apoderarse á su salvo de las personas del emperador, y de su hijo el príncipe Nezahualcoyotl, y enmedio de los regocijos y fiestas dar sobre ellos y los suyos, y acabar con todos.

Luego que estuvo todo dispuesto, mandó á los reyes de Méjico y Tlatelolco que con gran sigilo y disimulo hiciesen marchar sus tropas y que pasasen del otro lado de la laguna al territorio de Chiuhnauhtlan, repar-

tiéndolas en los pueblos mas inmediatos á aquella poblacion, donde con el auxilio de Toxmiltzin señor de Chiuhnauhtlan, que se habia declarado á su favor, y de otros principales señores que seguian allí su parcialidad, pudiesen mantenerse ocultos.

Mandó al mismo tiempo que llevase una gran cantidad de venados, conejos, liebres y otros animales y aves á un gran bosque que habia inmediato á dicha poblacion, nombrado Tenamatlac, con el pretexto de que en él pudiera divertirse el emperador en la caza; y ya todo prevenido envió sus embajadores á Ixtlixochitl, diciéndole que él y sus parientes y amigos estaban prontos á cumplir la oferta que habian hecho de jurarle por supremo señor y monarca de la tierra, y que para solemnizar esta funcion, y en aplauso y regocijo del ajuste de paces habia mandado preparar varias diversiones, entre las cuales era una la de la caza, de que habia mandado prevenir gran cantidad en el bosque de Tenamatlac, cuya situacion, por la cercanía á las playas de la laguna, le facilitaba el poderse conducir á él, pues por su avanzada edad estaba imposibilitado de andar ni acercarse mas á la corte de Tezcoco; fuera de que el terreno de Chiuhnauhtlan era á propósito para ejecutar en él con desahogo los juegos y danzas que estaban prevenidos, por lo que le suplicaba se dignase pasar al dia siguiente á dicha poblacion, que allí lo esperaria; pero que le hiciése el gusto de que los que le acompañasen fuesen sin armas, porque sus tecpanecas habian quedado sumamente medrosos y atemorizados de los aculhuas con los estragos de la última guerra, y que irian igualmente desarmados para quitar todo motivo de temor, y sospecha de inquietud.

Luego que despidió á los embajadores hizo llamar á sus capitanes para que aprontasen la gente, y en el gran número de canoas que estaban prevenidas se transportasen á las playas de Chiuhnauhtlan, ordenándoles que luego que viesen divertidos al emperador y á los suyos, diesen sobre ellos, procurando sobre todo apoderarse de las personas de Ixtlixochitl y su hijo, para llevarlos vivos á su presencia; y para que no les valiese la fuga hizo repartir entre los soldados varios retratos de uno y otro, para que los que no le conociesen de persona le conociesen por el retrato, y pudiesen seguirle y embarazar su fuga.

Hallábase á la sazón en Azcapuzalco el infante Izcatzin Acatlotzin Tecuitechintli, al que unos llaman hermano, y otros hijo del emperador, y lo primero es mas verosímil, porque sabemos que tuvo un hermano llamado Acatlotzin, como dijimos al capítulo XXXIV, y lo corrobora el que los que dan noticia de los hijos que tuvo legítimos y naturales no numeran entre ellos á Acatlotzin. Este, pues, pocos dias ántes habia sido enviado por el emperador á la corte de Azcapuzalco, disfrazado y encubierto, con el fin de investigar los designios de Tetzotzomoc, cuyas prevenciones habian dado ya á Ixtlixochitl algun recelo; y con su diligencia llegó á descubrir aquella misma mañana toda la trama de la conjuracion, y las órdenes que se habian dado contra la vida del emperador y del príncipe su hijo, y sin mas dilacion partió en diligencia para Tezcoco á dar cuenta de todo á Ixtlixochitl.

Entretanto habian llegado ya los embajadores, y cumpliendo con su comision dieron su embajada al emperador, quien habiéndola oido, concibió desde luego

sospechas de alguna traicion; mas con todo disimuló, y mostrando afable semblante á los embajadores, respondió que estimaba las expresiones del rey su amo, y que iria con mucho gusto á recibir su obsequio y el juramento de fidelidad, y cuando por sus ocupaciones no pudiese ir enviaria persona de toda su confianza que lo recibiese en su nombre. No agradó la respuesta á los embajadores, y así volvieron á instarle para que no dejase de ir, porque esto seria muy sensible al rey su amo, que con tal esmero habia prevenido estas magníficas fiestas para solemnizar su jura, á lo que friamente respondió el emperador que iria, y con esto partieron ellos á dar cuenta á su señor.

Pocas horas despues llegó el infante, y dió noticia al emperador de toda la traicion que estaba preparada, haciéndole saber que estaban ya en Chihnuauhtlan y sus contornos todo el ejército de los reyes de Méjico y Tlatelolco, y que en un prodigioso número de canoas que tenian prevenidas se transportaba ya á las mismas playas el rey de Azcapuzalco, con otro numeroso ejército, habiéndole franqueado la entrada Toxmiltzin, señor de Chihnuauhtlan. Confuso quedó el emperador al oír de boca del infante tan no esperada novedad; y viendo que en el corto plazo que tenia le era imposible apereibir ejército competente con que hacer frente y defenderse de Tetzotzomoc, determinó enviar al mismo infante para que saliese á encorrrarle y le dijese de su parte que se suspendiesen para otro dia las fiestas, por que él no podia asistir á causa de hallarse indispuerto, para de esta suerte ganar algun tiempo en que poder pedir socorro á sus parciales, y juntar la gente de sus estados con que ponerse en defensa.

Bien conoció el infante que esta diligencia no habia de surtir efecto, porque la astucia de Tetzotzomoc habia de penetrar luego el motivo, y en vez de suspender su resolucion habia de ser mas poderoso estímulo para ponerla en ejecucion, viéndose dueño de un tan poderoso ejército, y tan cerca de Tezcoco, y á su enemigo en estado de no poder medir con él las armas, por lo que temia que la primera accion con que abiertamente se declararia seria con hacerle quitar la vida á él luego que oyese su mensaje; y así le dijo al emperador: „Señor pronto parto á ejecutar tu mandato, aunque temo mucho que no volveré vivo á tu presencia; pero si con mi muerte puedo defender tu vida, ó á lo ménos dilaarla, gustoso sacrificio la mia en tu servicio; solo te suplico que atiendas á mis hijos y mugeres, y si el Tloque Nahuaque te saca victorioso de tus enemigos, acuérdate que en las guerras pasadas me hiciste merced de los pueblos de Quauhyocan, y Tequixquinahuac, de que no he tomado todavia posesion, por haberme tenido ocupado en tu servicio, para que la tomen mis hijos, y logren esta merced de tu liberalidad.” A esto respondió el emperador: „Hermano mio, bien conozco tu riesgo, pero no es menor el que me amenaza, y no hallo otro medio con que poder ganar algun tiempo, en que pueda por lo ménos fortificarme en mi corte, para resistir su ímpetu, ínterin llegan los socorros de mis aliados, espero que el Dios Creador te sacará con felicidad, y puedes ir seguro de que atenderé siempre á tus hijos y mugeres, como merecen tus buenos servicios, para que logren las mercedes que te he hecho, y pienso hacerte á tí y á ellos en adelante.”

Mandó luego que trajesen unas muy lucidas armas, plumajes y adornos de que él usaba en campaña, y se las mandó vestir al infante. Esta era una ceremonia acostumbrada en las embajadas mas solemnes, así para mayor ostentacion, como para acreditar la fe del enviado, dando á entender por los adornos exteriores que iba revestido de toda la autoridad y magestad del señor que le enviaba. Mandó que le acompañasen tres principales señores de la corte, que fueron, Huitzilihuitzin Iztactepoyotzin, ayo del príncipe Tequixquahuacatzin, Tlilxicatzin, y Oyuhtecatzintli Xochiltemocatzin, los cuales, sin embargo de conocer el peligro á que se exponian, obedecieron prontos y partieron luego con el infante.

Entretanto que esto pasaba en Tezcoco hicieron su jornada de retorno los embajadores de Tetzotzomoc, quienes encontraron á su rey que acababa de desembarcar en las playas de Chiuhnauhtlan, y habiéndole dado cuenta de su comision, y de la respuesta del emperador, comprehendió luego Tetzotzomoc que estaba ya receloso y desconfiado, y temiendo que pudiese hacer marchar alguna tropa, que acercándose disimuladamente al sitio señalado pudiese estorbar sus intentos, mandó á su gente que avanzándose un buen número de ella por el camino de Tezcoco, luego que viesen venir al emperador se acercasen á él en ademan de recibirle y obsequiarle, y rodeándole por todas partes se apoderasen de su persona, y de grado ó por fuerza le trajesen á su presencia.

Obedecieron luego su orden, y tomando el camino un competente trozo de tropa con sus gefes, luego que divisaron al infante y su comitiva, dieron por logrado

su intento, persuadiéndose por los adornos que de léjos miraban en el infante que era el mismo emperador; mas desengañándose de su error luego que le tuvieron cerca, sin pararse en disimulos se apoderaron de su persona, llenándole de injurias y dicerios, tanto á él como á los demás caballeros y comitiva que le acompañaba, y á empellohes y golpes los llevaron á presencia de su señor, á quien hallaron sentado en una tienda de enramada.

Recibiéolos con un semblante airado, y sin querer oírles mandó que luego al punto desollasen vivo al infante, y tendiesen su piel sobre unas peñas que estaban inmediatas é hiciesen pedazos á los demás que le acompañaban. Unos asieron luego al infante, y cumplieron puntualmente la orden del rey; los demás acometieron tumultuariamente á los de su comitiva, y con la confusion lograron algunos encapar las vidas, entre los cuales fué Huitzilihuitzin, uno de los tres señores que le acompañaron, quien por sendas extraviadas y con la mayor velocidad que pudo volvió á dar cuenta de todo al emperador. Hay alguna variedad entre los manuscritos que tengo entre manos en asignar el mes en que acaeció este suceso; pero concuerdan en que el dia fué señalado con el geroglífico de la agua en el año de cuatro conejos, y segun mis cómputos con la confrontacion de los sucesos posteriores le fijó en el segundo dia del duodécimo mes llamado *Micailhuil* y señalado el dia con la agua en el número primero, por ser el primero de su semana, y corresponde al dia doce de setiembre del año de 1418 de nuestra era vulgar cristiana.